

MARQUÉS. ¡Sí!.. Este es el vencedor. Has triunfado de dos enemigos temibles, y tan heroica acción merece recompensa. Cuenta con los mil ducados de dote.

CONDE. Cuenta con otros mil. - Y la cena...

MARQUÉS. No hay escape. , la pagaremos á medias.

CONDE. Vuestro ingenio lo merece:
venid, venid á cenar.

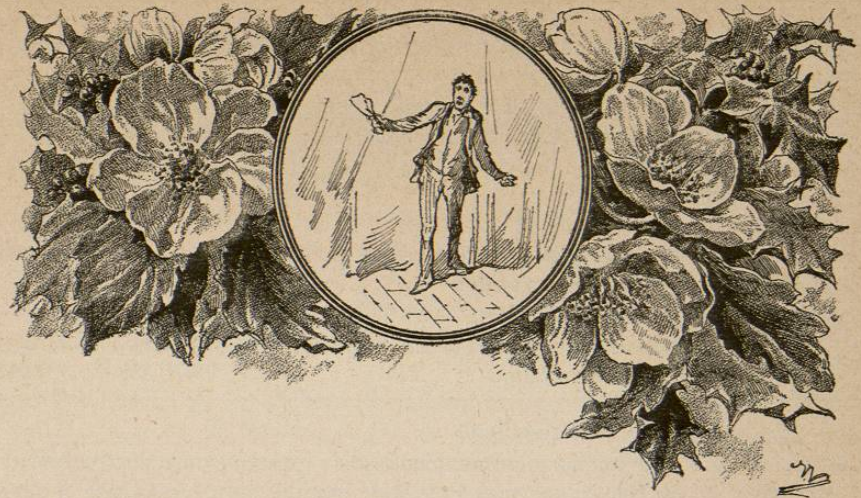
MARQUÉS. Y os aplaudirá á rabiar
la sociedad de los trece.

JENARO. Por mí..., si á ti te parece...

ISELA. ¿Y qué hemos de hacer allí?
No: los aplausos á mí
no me gustan, en verdad,
sino de una *sociedad*.

CONDE y MARQUÉS. ¿Cuál?

ISELA. (Al público.) La que se junta aquí.



QUIERO SER CÓMICO

APROPÓSITO DRAMÁTICO

PERSONAS

D. ROSENDO. - D. FLORENCIO. - D. EDUARDO. - D. DIMAS. - CONCHA. - RITA

La escena es en Madrid en casa de D. Rosendo

ACTO ÚNICO

Una sala. - Muebles antiguos. - Retratos de familia. - Un árbol genealógico. - A la derecha un canapé. - A la izquierda una mesa

ESCENA PRIMERA

CONCHA y RITA

RITA. Vamos, señorita, á mí no me venga usted con disimulos; desde ayer es usted otra: qué, ¿á mí se me escapan las cosas? ¡Aquella alegría, aquel reír, aquel charlar!.., y ahora siempre distraída, callada, taciturna; le preguntan á usted cualquiera cosa, no responde usted sino con monosílabos. ¿Qué le affige á usted, señorita? Vamos, hable usted. ¡Ya sabe usted que las penas se alivian confiándolas..., vamos!

CONCHA. ¡Ay!

RITA. Vaya, siga usted: un suspiro promete siempre una confianza.

CONCHA. ¡Ay, Rita!

RITA. Adelante...

CONCHA. Si tú supieras...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

- RITA. Justamente es eso de lo que trato, de saber. ¡Por Dios! Cuénteme usted...
- CONCHA. ¡Rita!.. ¡Papá quiere casarme!..
- RITA. ¡De veras! ¿Y eso la entristece á usted? Puede que sea usted la única en el mundo. ¿Y quién es el feliz mortal que le destinan á usted por esposo?
- CONCHA. ¿No lo adivinas?
- RITA. No, señora.
- CONCHA. ¡Mi primo!
- RITA. ¡Su primo de usted, D. Florencio! Pues la doy á usted la enhorabuena. ¡Tendrá usted un excelente marido!
- CONCHA. ¡Sí!..
- RITA. Buen muchacho, jovencito, que podrá usted educarlo á su modo, bonita figura..., aún tiene que crecer algo...
- CONCHA. ¡Calla por Dios!..
- RITA. Qué, ¿no es verdad lo que digo?
- CONCHA. Sí, pero está medio loco; no piensa más que en comedias; ha tomado esa manía, y .. ya ves tú qué traza aquella de marido, ni qué caso hará él de su mujer: siempre leyendo, estudiando versos. Vamos, ¡es una idea diabólica, Rita!..
- RITA. Eso es cierto. ¡Le ha cogido el diablo por ahí!.. Y ¡cuidado si lo ha tomado con alma!.. Desde que anda en eso de representar comedias, ni come ni duerme ni habla á derechas. ¡También su padre de usted no ha querido darle carrera .., nada! Verdad es que también el amo .., ¡ese es otro! Puede que si lo hubiera puesto á estudiar medicina, ó leyes, ó en fin, esas cosas á que se dedican los muchachos para tener una profesión, un modo de vivir, puede que entonces D. Florencio se hubiera olvidado de su manía de hacer comedias; pero el amo con sus ideas rancias, y su nobleza, y su árbol genealógico, todo le parece que va á empañar el lustre de esos pelucones.. ¡Vaya! ¡Un médico en su familia! ¡Un abogado! ¡Qué vergüenza! Eso se queda para los plebeyos; así es que D. Florencio, viéndose con talento y sin ocupación, se ha entregado con sus cinco sentidos adonde su afición le llamaba.
- CONCHA. Ya le han contado á papá que hace comedias caseras..., y no le ha sabido bien.
- RITA. ¡Ya lo creo!.. ¡Como que eso al fin es hacer algo, y un noble no debe hacer nada!
- CONCHA. Le han dicho que se le encuentran todos los días por las calles con los bolsillos llenos de comedias y tragedias, hablando solo, sin ver á nadie, declamando siempre, y por el Retiro, por el Canal, á vueltas con *Otelo* y con *Edipo*...
- RITA. ¡Y lo mismo en casa! Se encierra en su cuarto, y da unos gritos...
- CONCHA. Todos le tienen por loco.
- RITA. ¡Y con razón! Me lo encuentro por esos pasillos; ni repara en mí, manoteando, poniendo unos ojos que parece que se le van á saltar. Se le pregunta si quiere el chocolate, y responde siempre:

«El chocolate no es más
que un despertador del hambre,
y un lavatorio de tripas...» (1)

¡Y todo esto distraído! Porque luego se lo entro y no deja una gota. Ayer le

(1) *A Madrid me vuelvo*, comedia original.

pregunté qué le parecía mi peineta de lazo, y agarrándome este brazo, que aún tengo el cardenal, me contestó hecho una furia:

«¡Si Edelmira me hiciera el menosprecio
de entregar la diadema á mi contrario. .
infeliz..., infeliz!..»

- CONCHA. ¡Pues ya ves! ¿Crees tú que una mujer puede ser feliz con él?
- RITA. ¡Por supuesto! Como que la dejará en paz, sola, libre para hacer lo que la dé la gana.
- CONCHA. ¡Ay, Rita! ¡Si supieras!.. (Tocando un papel que lleva en el delantal.)
- RITA. ¿Qué papel es ese?
- CONCHA. ¡Nada, Rita!
- RITA. Por fortuna yo soy plebeya (Sacándola el papel.) y sé leer. «*Gaceta extraordinaria... Ejército de Navarra...*» ¡Ya, ya estoy al cabo!.. ¡D. Eduardito..., el oficial amigo de D. Florencio!.. ¡Cáspita, señorita..., qué constancia!..
- CONCHA. ¡Sí, Rita, te lo confieso! Aunque conozco la manía de mi primo, yo le hago justicia: tiene talento, excelente carácter, buen fondo, y le quiero como á un hermano; pero ¡ah, qué diferencia!.. ¡Eduardo! Eduardo posee mi corazón: siempre le he amado, y desde que he leído este papel .., ¡ay, Rita, mi alma no sosiega un instante!
- RITA. ¿Pues qué dice este papel encantado?
- CONCHA. ¡Lee, lee, Rita!
- RITA. Veamos, (Leyendo.) por aquí anda.. «Tan completa victoria se debió al teniente de caballería D. Eduardo Guevara, que con solos ocho hombres cargó sobre el grueso de la facción, al grito de ¡viva la reina!, poniéndola en vergonzosa fuga, haciendo gran número de muertos y prisioneros y quedando herido de alguna gravedad...»
- CONCHA. ¡Qué valiente!
- RITA. «Y S. M. se ha servido concederle el empleo de capitán efectivo y la cruz de San Fernando laureada, que se le pondrá al frente de banderas.»
- CONCHA. ¡Si vieras cómo palpité mi corazón al leer eso! ¡Cuántas lágrimas de entusiasmo he derramado sobre ese papel!
- RITA. Pero la herida ..
- CONCHA. Sé que ha curado perfectamente, y que viene á Madrid á restablecerse.
- RITA. Pues ¡jea, señorita, esta es la ocasión! Si él la ama á usted, nunca mejor que ahora... ¡Y con una cruz!.. ¡Ya sabe usted lo que eso vale para el amo!
- CONCHA. Soy tan desgraciada, Rita, que no me atrevo á esperar. ¡Y papá está tan encaprichado en que me he de casar con mi primo!.. ¡Chist!..

ESCENA II

DICHAŞ, D. ROSENDO y D. DIMAS

- DIMAS. Sí, ya lo entiendo, no necesita usted incomodarse.
- ROSENDO. (Descolgando el árbol genealógico.) Quiero que se convenza usted; que no le quede la menor duda... Mire usted por la línea de varones: D. Aquilino Verdegay, mi tercer abuelo; éste fué alguacil mayor del Santo Oficio más de seis años. Cuarto abuelo, D. Alejandro Verdegay., y aquí lo tiene usted. Quinto abuelo,

D. Judas Verdegay, caballero del hábito de Alcántara. Ya ve usted, en esto se funda mi solicitud para que le den el hábito á mi sobrino.

DIMAS. Es cosa corriente, y eso releva de pruebas.

ROSENDO. ¡Por supuesto! Debe estar despachado al momento.

DIMAS. Si en mí solo consistiera, Sr. D. Rosendo, estaría concedido hoy mismo; yo he dado todos los documentos en orden, bien claritos; pero esa gente tan pesada, en no untando el carro...

ROSENDO. Dos mil reales que le di á usted anteayer...

DIMAS. ¡Ya! ¿Pero sabe usted el papel sellado que ha habido que poner? ¿Lo que se ha escrito en dos días?

ROSENDO. Bien; con tal que yo logre la cruz de Alcántara para mi sobrino, nada me importa gastar: ahora le daré á usted...

RITA. (Aparte á Concha.) ¿Oye usted, señorita? Quiere darla á usted un marido cruzado...

CONCHA. (Aparte á Rita.) ¡Calla!

ROSENDO. ¡Hola! ¿Estabas ahí? De cosas tuyas estaba tratando: voy á cruzar de Alcántara á Florencio antes de la boda. Aquí D. Dimas está haciendo las diligencias; y hoy mismo espero conseguirlo, ¿no es verdad?

DIMAS. Es corriente: todo se quedará en casa, señora doña Conchita, hasta los apellidos; sus hijos de usted serán Verdegay y Verdegay.

ROSENDO. ¡Y la cruz de Alcántara, que es verde! ¡Hombre! ¿Si traerá su origen nuestro apellido Verdegay del verde de esa orden?

DIMAS. Pudiera ser muy bien: yo registraré la heráldica.

RITA. (Aparte á Concha.) ¡Ay, señorita, no se case usted!.. ¡Se va á comer un burro la descendencia!

CONCHA. (Aparte á Rita.) ¡Ay, Rita! ¿Ves qué empeñado está?

ROSENDO. El *gay* es lo que no alcanzo qué origen...

RITA. (Aparte á Concha.) Pues ánimo, señorita; ¡háblele usted claro!

DIMAS. El *gay*.. ¡Oh, el *gay*! Si usted leyera la heráldica, vería usted...

CONCHA. (Aparte á Rita.) ¡No tengo valor! Si tú no me ayudas...

ROSENDO. ¡Oiga!.. ¿Dice algo?

DIMAS. ¡Allí se explica..., pues!.. El *gay* está puesto después del verde, para que diga Verdegay, que es su apellido de usted, ¡apellido nobilísimo..., antiquísimo!.. Conque si me da usted esos cuartos, iré á activar...

ROSENDO. Sí, sí; venga usted.

RITA. (Aparte á Concha.) Yo le daré á usted pie. — ¡Señor, señor!..

ROSENDO. ¿Qué hay?

RITA. ¿No ha leído usted la *Gaceta extraordinaria*?

ROSENDO. No; pero ya me figuro lo que dirá.

RITA. Habla de D. Eduardo Guevara, el amigo del señorito...

ROSENDO. ¡Hola! ¿Y qué ha hecho ese perillán?

RITA. ¡Una porción de hazañas! La reina le ha hecho capitán, y le ha dado la cruz de San Fernando laureada.

ROSENDO. ¡Ya!.. ¡La cruz de San Fernando!.. ¡Creación de hace veinte años! ¡En sabiendo dar sablazos, cualquier plebeyo la puede tener! ¡La cruz de Alcántara muestra nobleza de sangre!

CONCHA. ¡Más lo muestra la de San Fernando, papá! Pues ésa muestra que se ha derramado en el campo de batalla.

ROSENDO. ¡Qué entiende esa bachillera de cruces! Venga usted por esos cuartos... — ¡Las ideas modernas!

ESCENA III

CONCHA y RITA

CONCHA. ¿Lo ves, Rita? ¿Ves como no hay remedio? ¿Como no debo alimentar esperanzas, sino conformarme con la voluntad de mi padre, casarme con mi primo y ser infeliz?

RITA. ¡Muy decidido le veo! ¡Y yo que fundaba en la cruz de San Fernando todo mi plan!.. ¡No sabía yo que hay cruces de cruces! Pero la peor cruz de todas es cargar con un marido que no se quiere; conque no nos acobardemos, y á tocar otro resorte. Si D. Eduardo hubiera llegado, podríamos, de acuerdo con él... ¡Pero así solas, aisladas, es un diantre!

CONCHA. ¡Y aunque llegue! ¿Sabes tú si será el mismo? ¿Si esos nuevos honores, que tanto llenan á los hombres, no le habrán hecho enfriar un amor que acaso dominaba su corazón á falta de otras sensaciones, y que puede haber cedido el puesto á la ambición, á la gloria militar? ¡Ah!

RITA. Pues bien: de todos modos, saldríamos de la duda, y esto siempre vale más que sufrir como está usted sufriendo. Si la amaba á usted como antes, se la pediría al amo. ¿Negativa? Depósito: ya es capitán: tenía usted viudedad.

FLORENCIO. (Dentro, declamando.)

«Insigne amigo del valiente Otelo.»

CONCHA. ¡Calla, por Dios! Ahí viene Florencio..

RITA. Declamando: ¡buenas estamos para comedias! ¡Vámonos adentro, señorita!

CONCHA. ¡Cielos, aguarda!

ESCENA IV

DICHAS, D. FLORENCIO y D. EDUARDO

FLORENCIO. (Desde la puerta.)

«¡Ven, tú solo eres digno de contarnos las brillantes hazañas y victorias con que Otelo á Venecia ha libertado!»

CONCHA. ¡Él es!

RITA. ¡El Sr. D. Eduardo!

FLORENCIO. ¡El mismo que viste y calza!..

EDUARDO. ¡Hermosa Conchita! No creí tener el placer de volver á ver á usted.

CONCHA. ¡Ha dado usted un gran susto á sus amigos!.. ¿Y está usted enteramente bueno?

EDUARDO. ¡No fué nada!.. Una contusión...

FLORENCIO. ¡Cómo!.. ¡Pues qué!.. ¿Has sido herido?

EDUARDO. ¡Hombre!.. ¡Pues si he venido hasta la puerta de tu casa contándote la acción con pelos y señales!

FLORENCIO. ¿Qué acción?

EDUARDO. ¡Pues estamos frescos! ¿Conque no me oías?

FLORENCIO. Sí..., te oía, pero no pude enterarme bien: traía la cabeza ocupada con...

CONCHA. Con algún papel de comedia ..

FLORENCIO. Precisamente.

EDUARDO. ¿Conque la manía va cada vez peor?

CONCHA. ¡Incurable!

FLORENCIO. Figúrate que salí esta mañana, y á propósito no quise echarme en los bolsillos más que estas comedias: aquí ves; el *Otelo*, el *Edipo*, el *Ricohombre*, *El sí de las niñas...*, ésta la hacemos esta noche en nuestro teatro: yo hago el D. Carlos: ¡si vieras qué uniforme tengo tan bien hecho!, ¡con sus dos galones!, ¡su cruz de Alcántara!.. (Representando.) «¡Paquita!.., ¡vida mía!.., ¡cómo va, hermosa!, ¡cómo va!» ¡Oh! Sale perfectamente. – Pues señor, al caso: sálgome por la Puerta de Alcalá, y apenas me veo en el campo, desenvaino el *Edipo* y me pongo á declamar en alta voz, al aire libre, el acto cuarto.., ya te acordarás ..

«¡Así, hijos míos!.. ¡Coronad de flores
el ara antigua de los lares patrios,
como postrer ofrenda y sacrificio
del triste Edipo pronto á abandonarlos!»

EDUARDO. ¡Sí! Ya sabemos los versos.

FLORENCIO. ¡Estaba hoy inspirado! ¡La plaza de toros se me figuraba el circo de Tebas! ¡La Puerta de Alcalá, el panteón de Layo! Iba yo declamando, sin hacer caso de los honrados valetudinarios que salen á pasearse por allí á aquellas horas, y que sin duda me tomaban por loco: ya estaba en lo más patético del acto, en aquello de...

«Sonó la voz del dios, y á mis oídos
llegaron con horror estos acentos:
¿quieres saber tu suerte?»

cuando una voz descomunal que gritó: «¡Florencio!..» me sacó del éxtasis trágico: desapareció de mi vista Tebas y el panteón y el palacio; pero en cambio me vi delante de mis ojos á mi querido Eduardo, que cansado de darme voces, se había apeado de la diligencia, y hacía cinco minutos que le tenía enfrente de mí, riéndose de mi dramática enajenación. Me arrojé en sus brazos, estrecho sobre mi corazón á mi mejor amigo, guardo el *Edipo* en el bolsillo, me dice que antes de todo quiere venir á hacerte una visita, echamos á andar del brazo, él empieza á hacerme la narración de lo que le ha pasado en Navarra...; pero los muros de Tebas vuelven á alzarse en mi imaginación, y por desgracia nada le he oído, pues hasta que llegamos aquí vine continuando entre dientes el acto cuarto de *Edipo*.

CONCHA. ¡Hombre! ¡Qué desatención!

FLORENCIO. ¡Tienes razón, prima! ¡Pero mi buen Eduardo me perdonará! ¡Qué quieres, amigo mío! ¡No lo puedo remediar! ¡Me voy á pájaros al momento, sin querer!

EDUARDO. ¡Qué tontería! ¡Connmigo puedes hacer lo que quieras! ¡Y digo, como si esto fuera nuevo para mí! Hace años que estoy acostumbrado á verte con esa manía. Pero á ver si por un rato puedes dejar la declamación, y atender. Tú ha-

brás extrañado que desde la misma diligencia haya querido venir aquí... Voy á abrir mi corazón, y quiero que tú me oigas, porque cuento contigo...

RITA. (Aparte á Concha.) ¡Señorita!

CONCHA. (Aparte á Rita.) ¡Rita!

EDUARDO. Es decir, en el caso de que ciertas cosas no hayan variado en mi ausencia (Mirando á Concha.)

RITA. Todo está como usted lo dejó, Sr. D. Eduardo.

EDUARDO. ¿De veras, Rita? ¿Me lo aseguras tú?

CONCHA. (Aparte á Rita.) ¡Qué está Florencio delante!

RITA. ¡Sí, señor! (Con intención.) ¡Aquel amor... del señorito á la declamación, lejos de entibiarse, se ha aumentado! ¡Se ha hecho una pasión!

CONCHA. (Aparte á Rita.) ¡Rita!

RITA. ¿No lo está usted viendo? ¡Es un frenesí, un delirio!

EDUARDO. (¡Cielos! ¿Qué querrá darme á entender?)

FLORENCIO. ¡No lo niego! ¡Es la pasión de mi vida!

CONCHA. ¿Y en Navarra, se ha guardado fidelidad?

EDUARDO. (Con intención.) ¡Ah, Conchita! ¡Todos han permanecido fieles... á su juramento! ¡Ninguno ha apartado de su memoria la imagen... de su reina adorada!..

FLORENCIO. ¡Ah, valientes!

«¡Juremos por ella
vencer ó morir!»

(Desde este momento se distrae, y empieza á declamar para sí, sin oír nada de cuanto se habla.)

RITA. (Aparte á Concha.) Aplíquese usted, señorita.

EDUARDO. En fin, no sé por qué hemos de gastar misterios, Conchita, cuando me lisonjeo de que estamos acordes en nuestros mutuos sentimientos, y cuando Rita y Florencio, lejos de ser obstáculos á esta aclaración...

CONCHA. ¡Eduardo!

EDUARDO. Sí, Concha mía, estoy decidido, y cuento con la cooperación de estos dos amables aliados, si fuese necesario, para lograr el fin de nuestro amor.

CONCHA. ¿Qué dice usted?

RITA. (Aparte á Concha.) ¡No hay miedo, señorita; mírelo usted! ¡Nada oye: se ha vuelto á marchar á Tebas!

EDUARDO. ¿No es cierto, Florencio?

FLORENCIO. (Distraído.) ¡Sí, sí, positivamente! Sigue, sigue: te estoy atendiendo. (Sigue declamando.)

CONCHA. (Azorada.) ¡No hay para qué... en este momento! Ya hablaremos de eso...

EDUARDO. ¡No, ahora mismo! ¡Harto tiempo he sufrido, Conchita, sin poder aspirar á esa mano, que es lo único que ambiciono en el mundo! ¡Ansiaba una ocasión en que poder morir, ó colocarme en un rango que me autorizara á pedir su mano de usted sin que pareciera temeridad, y esta dulce esperanza alentaba mi corazón y esforzaba mi brazo cuando me vi cercado de las lanzas de los faciosos: su imagen de usted estaba delante de mis ojos: por usted peleaba: por usted conseguí aquella victoria; y al ver correr la sangre de mi herida... ¡Dios eterno!, exclamé lleno de placer, ¡ya he ganado la mano de mi adorada Concha!

CONCHA. ¡Pero Eduardo! ¡Por Dios!

RITA. ¡Nada! ¡No tema usted! Sigue en Tebas, sin novedad.

EDUARDO. ¡Apenas convaleciente, corro á Madrid, y... ya lo ve usted, desde la misma diligencia vengo aquí á esperar que sus labios de usted decidan mi suerte!

CONCHA. ¡Eduardo! ¿Qué quiere usted que yo le diga? ¿Puedo acaso disponer de mí?

EDUARDO. ¡Pero su corazón de usted!..

CONCHA. ¿No le ha dicho á usted Rita ya que todo estaba como usted lo dejó?..

RITA. De que doy fe.

EDUARDO. ¡Eso me basta para ser el más feliz de la tierra!

CONCHA. ¡Ojalá bastara, Eduardo!

EDUARDO. ¡Cómo!

RITA. ¡Hay un cuerpo extraño por medio!

EDUARDO. ¿Quién?..

RITA. (Señalando á Florencio.) ¡Chist! ¡Edipo!

EDUARDO. ¡Es posible!

CONCHA. No, Eduardo; Florencio no piensa en mí, ni siquiera sospecha. ¡Es papá el que se empeña; me lo ha dicho terminantemente! Ya conoce usted sus ideas, sus preocupaciones...

RITA. Se ha empeñado en que sus nietos sean Verdegay y más Verdegay.

CONCHA. ¡Rita!

RITA. ¡Eso es una monotonía! ¡Cuánto más bonito sería... Guevara y Verdegay! ¿He dicho algo?

CONCHA. ¡Rita!

EDUARDO. ¡Nada me acobarda! Puesto que no hago traición á la amistad, pues Florencio nada sabe, yo, yo mismo hablaré á su papá de usted, no omitiré medio alguno: le pintaré nuestro amor, me echaré á sus pies si es necesario, los bañaré con mis lágrimas...

CONCHA. ¡Querido Eduardo!

EDUARDO. ¡Sí, Concha mía! (Echándose á sus pies.) ¡Esa mirada me da derecho á todo! Yo le suplicaré, yo le diré: ¡Señor, piedad!

FLORENCIO. (En la actitud que marca el quinto acto de *Edipo*.)

«¡Maldito seas!..»

CONCHA y RITA. (Dando un grito.) ¡Ah!

EDUARDO. (Levantándose rápidamente.) ¿Qué es eso?

FLORENCIO. ¡Nada, nada: sigue, sigue adelante: no hagas caso: estaba en el acto quinto de *Edipo*: aquel *Maldito seas!*..

RITA. ¡Maldito seas! ¡El susto que me has dado!

FLORENCIO. Pero no importa: tú no hablabas ahora conmigo, ¿no es verdad?

EDUARDO. (Riendo.) ¡No, seguramente!

FLORENCIO. Ya lo conocí..., por eso me había puesto á declamar...

RITA. (¡Sí, declama, declama, mientras te están soplando la novia en tus hocicos!)

FLORENCIO. Pero algo he oído...

RITA. ¿De qué?

FLORENCIO. Del combate con los facciosos. ¿No era eso lo que estaba contando?

RITA. ¡Cabalito!

CONCHA. Sí, eso, eso. Eduardo, adiós: me ha causado mucho placer lo que usted me ha referido..., el combate con los facciosos..., y deseo que en todo lo que usted emprenda salga con tanta felicidad como hasta aquí.

FLORENCIO. ¡Por supuesto que saldrá! ¡Valen poco sus enemigos!

RITA. Señorito, creo que no valen mucho. (Aparte á Eduardo.) No se descuide usted en hablar al viejo.

ESCENA V

D. FLORENCIO y D. EDUARDO

EDUARDO. (Sí, ahora mismo: estoy decidido; pues qué, ¿en el día no puedo ya con dos charreteras pedir la mano de una señorita?)

FLORENCIO. ¿Qué es eso? ¿Estás estudiando también algún papel?

EDUARDO. ¡No, hombre!

FLORENCIO. ¿O te has enfadado porque no atendía?

EDUARDO. Al contrario. ¿Pero de veras, nada has oído?

FLORENCIO. ¡La verdad, estaba tan distraído con el *Edipo*, que ni esto!

EDUARDO. ¿Conque eso ya es estar loco?

FLORENCIO. ¡Hombre, no! Tú, que te has criado conmigo, que has pasado tu juventud á mi lado, que has visto nacer en mí esta pasión y crecer de día en día, ¿puedes preguntármelo? ¿No te acuerdas del colegio de San Mateo? Me pusisteis el *Trágico*, porque siempre estaba declamando y disponiendo comedias. ¡Aquel D. Juan Alegría, nuestro inspector, buenos plantones me hacía pasar! Ya se ve! ¡Yo siempre llevaba comedias á la sala de estudio, y el maldito siempre me las pillaba!

EDUARDO. Sí: bien me acuerdo de todo aquello; pero en tantos años ¿no has perdido la afición?

FLORENCIO. ¿Perderla? ¡Cada vez más fuerte! ¡Es mi delicia; mi único placer: es una pasión ciega que me domina! ¡En fin, Eduardo, de tal modo se ha apoderado de mí, que mi alma no sueña otra ambición que la gloria escénica! Desde que se estableció la clase de Declamación en el Conservatorio de Cristina, he asistido constantemente á ella sin que lo sepa mi tío. ¡Allí he recibido las lecciones de mi maestro, que es cómico también, y no por eso ha dejado de ser caballero, pues la delicadeza de sus modales, su fina educación, su irreprochable conducta le han conservado siempre el aprecio público! (1) Esto ha desvanecido en mí la única repugnancia que me quedaba hacia el teatro, el temor que algunos me inspiraban de verme aislado de la culta sociedad. ¡Ya no dudo, Eduardo! Quiero despreñar las preocupaciones, quiero atropellar toda consideración, quiero arrostrar todo obstáculo, ¡quiero ser cómico!

EDUARDO. ¡Florencio!

FLORENCIO. Ya está hecha mi solicitud, y hoy mismo espero el permiso.

EDUARDO. Florencio, ¿qué has hecho? ¿Sabes el disgusto que vas á dar á tu tío? ¿No conoces sus ideas?

FLORENCIO. Mira. (Mostrando el árbol genealógico que quedó en la mesa.) ¡Mi tercer abuelo fué alguacil mayor del Santo Oficio: la posteridad de España regenerada señalará aquí con más honor á un cómico de mérito que á un tostador de sus semejantes!

(1) Débil homenaje de admiración y aprecio que tributa el autor á su amigo D. Carlos Latorre.

EDUARDO. Ya. ¡Tú te contentas con la vida póstuma, con la inmortalidad! Pero Florencio, ¿y si no la consigues?

FLORENCIO. Si no la consigo, me bastará la satisfacción de haber intentado conquistarla. ¿Te acuerdas del Mardoqueo?

..... «¡Sólo es delito
el podrirse en el ocio, el corromperse
entre seda y placer, y no elevarse
sobre la turba perezosa y torpe
de los demás mortales!» (1)

EDUARDO. ¡Pero tu tío te abandonará de seguro!

FLORENCIO. ¿Y qué? ¡Viviré de mi talento, y tendré esa gloria más! ¿No vive el médico de sus visitas, el abogado de sus pleitos? Desengáñate, Eduardo, bien sé que aún queda un resto de preocupación en el vulgo ignorante. Pero las personas ilustradas piensan ya de otro modo que se pensaba en tiempo de mi tercer abuelo el alguacil mayor, y honran la carrera escénica como el más bello adorno de una nación culta. ¡Sí, Eduardo, y la hora de la ilustración ha sonado ya para España con la hora de la libertad! ¡Siempre van juntas!

EDUARDO. No lo niego; pero también en otras carreras podías con tu talento adquirir laureles.

FLORENCIO. ¿Y son menos dignos los del teatro?

«¡El mundo comedia es;
y los que ciñen laureles
hacen primeros papeles...
y á veces el entremés!»

EDUARDO. (¡Esto es hecho! Nada debe detenerme.) Florencio, voy á ver á tu tío, á saludarlo un momento.

FLORENCIO. Anda con Dios; pero cuidado con que le digas...

EDUARDO. ¡Ni una palabra! Luego iré á buscarte á tu cuarto.

ESCENA VI

D. FLORENCIO

FLORENCIO. ¡El buen Eduardo! ¡Siempre nos hemos querido tanto! ¡Y también condena mi determinación! ¡Un joven, un joven ilustrado! ¡Cuánto se arraigan las preocupaciones! ¡Se transmiten de generación en generación! ¡Se maman con la leche! ¡Si yo, yo mismo hay momentos en que casi vacilo; pero si he de decir la verdad, no es esa bárbara preocupación la que me hace á veces titubear, no! De algún tiempo á esta parte he sentido nacer en mi corazón cierto deseo, cierta necesidad de agrandar á un objeto..., ¡es cosa rara! Viviendo á su lado tantos años, siempre la había mirado con indiferencia, y ahora..., yo no sé, acaso la edad, el trato... ¡Ah, Concha! ¡Ah, prima mía! ¡Tú eres el único objeto capaz de rivalizar en mi alma con el amor de la gloria teatral! Yo nunca se lo he manifestado, nunca le he dicho una palabra. ¡Ya se ve! ¡Con los ensayos y el estudio de mis papeles, tampoco he tenido tiempo, y casi me alegro! Porque si no

(1) *Mardoqueo*, tragedia española.

me hubiera correspondido, mi alma es impetuosa, ardiente: ama y aborrece con extremo: una alma hecha de encargo para cómico; ¡y acaso una fatal pasión me hubiera hecho infeliz! ¡Ahora mismo, cuando me imagino verme aplaudido, celebrado, siempre su imagen se mezcla á mis triunfos, siempre se me ocurre que ella me oirá, y me aplaudirá también, y se envanecerá tal vez con mis glorias! Y quién sabe si entonces podré aspirar mejor que ahora... El corazón de la mujer es tan susceptible de entusiasmo, tan sensible á la gloria... ¡Si yo llego á adquirir un nombre!.. ¡Talma! ¡Garrík! ¡Máiquez! ¡Qué mujer no desearía que su nombre, unido al de uno de estos genios, retumbase en la posteridad mejor que en un rincón de la *Guía de forasteros*! ¡Ah! ¡Este nuevo rayo de esperanza hace palpar de gozo mi corazón! ¡El amor! ¡La gloria! Entonces, ¿quién más feliz que yo? ¡Fuera dudas: me avergüenzo de haberlas alimentado un momento! ¡Estoy decidido! ¡Quiero ser cómico! Haré mi salida. ¿con qué? ¡Esta figurilla de lechuguino es un diantre para la tragedia! Sólo á fuerza de mérito se puede hacer prescindir... ¡El célebre *Lekain* era contrahecho, ridículo, y hacía temblar á los espectadores! ¡Qué arte! ¡Qué arte tan difícil! - Empezaré por el género cómico, por ejemplo, el D. Martín de la *Marcela*: probemos.

«¡Malditos sean
sus sinónimos eternos!
Hay hombres de los infiernos
que cuando hablan aporrean.
No acabara en quince días
á no hacerle yo acostar;
y vuelta á su palomar;
y torna á sus profecías;
y retorna al nacimiento...
¡Digo! ¡Pues tenía traza
de dejarme meter baza!
¡Oh, qué hablador tan sangriento!
Aquello era por demás.
Hija, ¡qué nube! ¡Qué nube!
Intención mil veces tuve
de enviarle á Satanás.
No lo puedo resistir:
me desesperan, me endiablan
esos que hablan, y hablan, y hablan
sin respirar ni escupir.
Sirve en mi cuerpo un alférez
que es hablador furibundo,
y se llama D. Facundo
Valentín Pérez y Pérez.
No hay poder hablar con él.
¡Sí, sí, facilito es eso!
En soltando la sin hueso
á ninguno da cuartel.
Un día se puso á hablar
conmigo: yo le quería
interrumpir. ¡Bobería!